

le despidió con las lágrimas en los ojos, y de estrechar la mano á todos los individuos de la comunidad, que le veían partir con sentimiento, abrazó á fray Juan Perez de Marchena.

Después de recibir su bendición; partió del convento de la Rábida con la alegría y la esperanza en sus límpidos y brillantes ojos.

El superior había puesto á su disposición una mula y un guía, para que le condujese á la córte.

Al mismo tiempo le había entregado una provista bolsa.

De esta manera salió Colon del convento de la Rábida, para acercarse á la realizacion de su grandiosa idea.

Pero aun no había acabado su calvario.

Capítulo VIII

Los dos viajeros.

Colon partió precedido de su guía, que era un aldeano de las cercanías del convento, muy diestro en los caminos, muy honrado y en extremo religioso.

La historia ha conservado su nombre.

Llamábase Matías Sampayo, y al elegirle el superior para que guiase á su huésped y protegido, lo había hecho más que nada, porque sabía hasta qué punto sentiría el cariñoso padre separarse de su hijo, hasta qué punto se entristecería su espíritu en los primeros momentos de aquella ausencia, que debía prolongarse algun tiempo, y confiaba en que Matías, hombre decididor y de buen génio, distraería al extranjero durante las largas horas de su viaje.

—Vas á guiar,—le dijo,—á un sábio, á un hombre que está llamado á dar dias de gloria á España.

Esto bastó para que el aldeano contemplase con veneracion desde el primer momento al protegido de fray Juan Perez de Marchena.

La córte se hallaba á la sazón en Córdoba.

Fernando é Isabel, que con su union habian realizado un pensamiento eminentemente político, que habian echado los cimientos de la monarquía española, hallábanse ocupados en organizar y constituir, por decirlo así, el nuevo reino que habian fundido con los reinos y principados en que antes se dividia la nacion Ibérica.

¡Triste época era aquella!

Pero dejaba adivinar el porvenir risueño que estaba reservado á la nacion.

Reunidas las coronas de Castilla y Aragon, no sólo tenian que luchar los nuevos soberanos contra los mahometanos, que aun ocupaban, protegidos por las escarpadas sierras, algunas ciudades de Andalucía, sino contra la poderosa influencia de los nobles, que aspiraban á ser otros tantos reyezuelos; y habian logrado contrarrestar la influencia del trono de tal manera, que el cetro augusto de San Fernando, sobre todo mientras reinó Enrique IV, se presentaba humillado al pié de los castillos feudales, desde donde imponian su voluntad los nobles, no sólo á los pecheros, sino á los príncipes y monarcas.

Profundamente poseidos Fernando é Isabel de la grandiosa mision que les habia confiado la Providencia, su único deseo era establecer un solo gobierno para toda la monarquía, plantear la unidad religiosa

en todos sus ámbitos, y convertir los diferentes reinos en un solo y poderoso Estado.

Ya habian logrado tener á raya las ambiciones de los nobles; ya habian mermado la influencia y el poderío de los musulmanes, continuando la obra empezada por sus antepasados, y relegándolos de nuevo paso á paso hasta las comarcas más próximas al Africa, punto de donde habian salido aquellos aguerridos dominadores.

La córte estaba en Córdoba, y ya los reyes acariciaban el proyecto de dar la última batalla al islamismo, para arrojarle del reino de Granada y purgar á España de los hijos de Mahoma.

Tal era la situacion política y moral de España; tal el pensamiento de los reyes, á quienes más tarde calificó el Supremo Pontífice de *Católicos*, cuando Colon, ginete en una mula regalona, y guiado por el bueno de Matías Sampayo, se encaminaba desde muy cerca de las orillas del Océano hácia las entrañas del antiguo y extenso reino de Andalucía.

Dos dias á lo ménos debia durar su expedicion.

Durante las primeras horas del viaje, Matías no hacia más que mirar al viajero, y aun cuando le miraba con intencion de dirigirle la palabra, le veia tan absorto en sus meditaciones, que no se atrevia á sacarle de ellas.

El dia estaba hermoso.

Era uno de esos dias templados que constituyen el dulcísimo clima de Andalucía.

La atmósfera estaba embalsamada con los perfu-

mes que despedían las infinitas flores y arbustos, que á cada paso, y naturalmente, brotaban en aquellas tierras, trabajadas por el arado de los árabes y bendecidas por Dios, toda vez que despues de la reconquista, y cuando estaban abandonadas, por sí solas producían flores y frutos, como un homenaje al dulcísimo poder que las había arrancado de las manos de sus bastardos poseedores, para devolverlas á aquellos á quienes en otro tiempo habían dado la vida.

Largo trecho anduvieron los dos caminantes sin pronunciar una sola palabra.

Ni la sed ni el hambre bastaron á sacar al viajero de su abstracción.

Pero al caer la tarde, en esa hora sublime del crepúsculo, mucho más bella en el espacio que recorrian que en otro alguno; Colon detuvo su mula, y volviendo sus ojos hácia el Occidente, contempló con verdadero entusiasmo los últimos rayos que despedía el sol al alejarse de la superficie visible de la tierra.

—¡Ah!—se dijo Colon.—¡Tú vas ahora, astro purísimo, á inundar con tu luz esos seres á quien nadie conoce y yo he de descubrir; tú vas á vivificar con tu luz las ricas plantas, los dorados frutos que allí nacen, y Dios querrá algún día que mientras la noche tiende su velo en esta parte del mundo, donde tan desgraciado he sido, vea yo con la luz del día el premio de mis afanes, la verdad que busco, que siento, y que cuantos me escuchan desconocen!

Estas reflexiones sólo las escuchó su corazón.

Pero Matias, viendo que se echaba la noche enci-

ma, y que aun estaban distantes de un meson ó posada en donde guarecerse de la intempérie:

—Perdone vuesa merced,—dijo á Colon;—pero ó yo me equivoco mucho, ó vuesa merced vuelve los ojos hácia atrás para ver si nos hemos dejado algun ventorrillo.

—Os engañais, mi querido Matias; no pensaba en eso.

—Bien, entonces eso es por que vuesa merced es un sábio, que yo muy bien me sé, porque á mi padre oí referir el caso, que hubo una vez un fraile de un convento, que se salió á buscar plantas para curar enfermos, y se estuvo tres dias por esos campos sin acordarse de nada, y tanto fué así, que al cabo de los tres dias dijo de pronto: «Me parece que ya es hora de ir al refectorio.» Y cuando fué, ya estaban todos atribulados buscándole. Eso sí vuesa merced no lo lleva á mal, prueba que los sábios no se parecen en nada á nosotros. La sabiduría les alimenta; á nosotros las migas y el jamon.

Colon apenas le escuchaba.

—Con que si vuesa merced no dispone otra cosa, prosigamos la marcha, porque aun nos quedan dos buenas horas antes de encontrar lecho y comida, y no es cosa de que nos coja la noche en ayunas y á la intempérie.

Colon obedeció.

Al cabo de una breve pausa:

—He oido decir,—continuó el aldeano,—que vuesa merced entiende mucho de astros.

—Algo entiendo, en efecto.

—Si no me hubiera hablado tan bien de vos el prior del convento de la Rábida, os tendria por brujo. Pero me ha asegurado que sois un buen cristiano, y si vuesa merced me lo permite, voy á hacerle una pregunta.

—Hablad, buen hombre, hablad lo que gustéis.

—Pues es el caso, señor y dueño mio, que aquí, donde vuesa merced me vé, yo tengo una mujer, lo que quiere decir que soy casado. De nuestro matrimonio nació; hará veinte años, una niña que, andando el tiempo, se hizo moza. Si la queríamos su madre y yo, vuesa merced puede comprenderlo; porque vuesa merced es padre y le he visto abrazar, con las lágrimas en los ojos, al pequeñuelo que quedó en el convento.

—Es verdad, —dijo Colon, escuchando con más interés que hasta entonces al aldeano.

—Era mi hija tan frescota, tan guapa, tan así... Vamos, que todos la querian bien en el pueblo, y ella no echaba nada de ménos. Pero un dia llegó á la aldea una familia de gitanos... ¡malditos condenados, nunca hubieran puesto allí el pié!

Se entraron por todos partes, ofreciendo decir la buena ventura á cada uno, y mi pobre Inés cayó en la tentacion de entregar su mano á una de aquellas endemoniadas mujeres.

Yo no sé lo que veria en las rayas de la palma de la mano; pero es lo cierto, segun supe despues, que le dijo muy claro: «S ves que en la primera lu-

na, cuando más llena esté, se oscurece de pronto, debes abandonar la aldea en donde vives y venirte con nosotros, que no andaremos lejos de estos pueblos, porque será señal de que estás llamada á ser una gran señora, y en ese caso, nosotros te llevaremos adonde está la córte. Allí verás los príncipes, los nobles y las damas más ilustres, y no te faltará nada.»

—¿Y la jóven creyó?...

—¿Pues qué habia de hacer, señor, qué habia de hacer? Pocas noches despues se oscureció la luna, en efecto. Yo ya no me acordaba, ni su madre tampoco, de lo que la gitana habia dicho á Inesilla.

Al dia siguiente salió, como de costumbre, muy temprano á buscar agua al manantial que brota al pié del cerro de nuestro pueblo, y desde entonces no la hemos vuelto á ver.

Al decir esto, Matias pasó la parte superior del antebrazo sobre sus ojos, y el tosco lienzo que lo cubria se humedeció con sus lágrimas.

—¿Es decir, que os han robado á vuestra hija?

—No la hemos vuelto á ver ni viva ni muerta, y por eso preguntaba á vuesa merced, que entiende tanto de astros, si aquella luna fué... porque yo desde entonces, cuando hace luna, ni me atrevo á mirarla.

Los desgraciados oyen con interés los infortunios de otros, porque son los únicos capaces de comprenderlos.

Colón se interesó vivamente por Matías, y pronunció algunas palabras de consuelo.

—Por lo que juzgo, vuestra hija ha sido víctima de la superchería de los gitanos. No desmayéis: tal vez podreis hallarla cuando más lejos de ella os figureis estar.

Sus palabras eran proféticas.

Pasaron la noche en un meson, y al día siguiente continuaron la caminata.

Matías, más expansivo y decidior que el día anterior, distrajo grandemente al ilustre geógrafo con la narración de su vida y milagros, salpicada de muy sabrosos chascarrillos.

Matías Sampayo tenía, además de la pena de haber perdido á su hija, la de tener muy enferma á su mujer, y quedó tan encantado de la amabilidad con que le escuchó y le consoló Colón, que hubo un momento en el que le dijo:

—Mire vuesa merced, si alguna vez me quedo solo en el mundo, lo cual no será extraño, porque mi pobre Paula está ya con un pié en la sepultura, me echaré por el mundo á buscaros, y no pararé hasta que os encuentre, para ver si me quereis admitir como criado vuestro.

—Si tal sucede, que Dios no lo quiera, y yo vivo como hoy, de la caridad de mis bienhechores, no me busqueis, maese Matías, porque no podré ampararos y sufriré en extremo. Pero si mi suerte varía, si alguna vez me veis rico y dichoso, estad seguros, vos y vuestra mujer, de que hallareis en mí un amigo.

Al anochecer del segundo día entraron en Córdoba por la puerta del Fuelle.

—¿Vuesa merced no tiene hospedaje en la ciudad?—preguntó Matías á Colón.

—Vengo recomendado por el prior del convento de la Rábida á un eclesiástico muy su amigo; pero no es cosa de ir á verle á estas horas.

—En ese caso, yo conozco una posada donde podrá pasar vuesa merced algunos días muy bien cuidado por muy poco dinero.

—Vamos allá.

Matías guió á Colón por las tortuosas y todavía moriscas calles de Córdoba, que formaban un verdadero laberinto, y en una muy estrecha, á espaldas de la mezquita, que la piedad de los reyes había convertido en suntuosa catedral, divisó el viajero genovés sobre el balcón de madera que había encima de la puerta de la entrada de la casa, un ramo de sabinas.

Era la muestra.

Aquella era la posada más acreditada en Córdoba, la posada conocida con el nombre de *posada del Santero*.

—El dueño de esta posada,—dijo Matías á Colón,—ha sido durante muchos años santero en las intermediaciones de Sierra-Morena; pero poco despues de la conquista se estableció aquí, y casi todos los que vienen á pretender, mientras está la córte en Córdoba, se hospedan en su casa.

—¿Es decir, que sostiene á los desengañados?

—¡Qué cosas tiene vuesa merced!

—De todos modos, entremos á hospedarnos en su casa.

No bien se detuvo la mula que montaba Colon, asomó á la puerta de la casa un hombre de mediana estatura, bastante obeso y de nariz muy colorada.

—¡Maese Repulgo!—dijo Matías, dirigiéndose al posadero.

—¿Ucé por aquí, señor Matías? Bien venido sea.

—¿Habrá hospedaje para mi señor?

—Aun cuando no lo hubiera, yo sabria buscarlo para él.

—Gracias, amigo mio,—dijo Colon, que acababa de apearse;—pero no os figureis que se os entra por las puertas un potentado. No soy ni más ni ménos que un pobre pretendiente de los que estais acostumbrado á hospedar en vuestra casa.

—Si paga bien, como creo que pagará vuesa merced, no hay mejores huéspedes que los pretendientes: son los que más tiempo paran en la posada.

—Mi dueño y señor,—añadió Matías,—viene recomendado á la córte de parte del prior de Santa María de la Rábida. Ya sabeis...

—¡Y tanto como sé! ¡Ha sido confesor de la reina! ¡Es un santo varon!

—Pues es preciso que le trateis á cuerpo de rey.

—Ya sabe ucé, señor Matías, que no acostumbro á dar gato por liebre, y que aunque soy muy cristiano, no bautizo nunca lo ajejo,

Y dirigiéndose á Colon:

—Vuesa merced venga á escoger el cuarto que ha de darle hospedaje.

Y guiando á Colon en tanto que Matías llevaba la mula á la cuadra, le hizo subir por una escalera bastante estrecha, de tosca madera y poco ménos que suspendida en el aire, por la cual pudo llegar al piso de arriba y entrar en una habitacion con vistas al Poniente.

Daba la única ventana de aquel cuarto á la Vega de Córdoba.

Aunque empezaba á anochecer, pudo ver extenderse, á través de la verde yerba, formando una cinta de plata, al majestuoso Guadalquivir, y elevando los ojos, halló de nuevo más hermosas que nunca las tintas del crepúsculo, que el dia anterior le habian hecho volver los ojos y detenerse en medio del camino.

—Si es esta la habitacion que me destinais,—dijo á maese Repulgo,—contento de ella estoy.

—Pues esta es, y aquí os quedareis mientras mando que os dispongan una abundante cena.

—No sólo para mí, sino para mi guia.

—Eso desde luego; y que el señor Matías tiene buen diente y es capaz de comerse de un bocado un tasajo de jabalí.

—Por supuesto, que vuesa merced cenará en el hogar con los demás huéspedes?

—Como gustéis.

—Voy, voy á prevenir...

Colon se quedó solo, y asomándose á la ventana, permaneció algunos instantes contemplando el bellissimo paisaje que se desarrollaba ante sus ojos.

Hácia la derecha sobresalía de la línea de las casas parte de un edificio formando un cuadrilátero, con todos los primores de la arquitectura árabe.

Una ventana ojival permitió á Colon descubrir á través de los vidrios de colores un riquísimo gabinete, adornado al estilo oriental, y la sombra de una mujer cuyos contornos le parecieron encantadores.

Cuando maese Repulgo subió á anunciarle que la cena estaba dispuesta:

—¿Quién vive en esa casa?—preguntó el huésped al posadero.

—En esa casa vive doña Beatriz Enriquez de Córdoba, una de las damas más queridas de la reina y más ilustres de la corte.

Desde aquel momento no pudo ménos de pensar el ilustre viajero en aquella mujer, que vivía á su lado.

¿Presentía el porvenir?

¿Adivinó en aquel instante que más tarde debían unirle con ella lazos estrechos?

No es ahora la ocasion de responder á estas preguntas.

El tiempo no tardará en contestarlas.

Baste saber á nuestros lectores que aquella mujer tenía en su alma el porvenir de Cristóbal Colon.

Capítulo IX.

Un soldado que habla como un libro.

Matias Sampayo habló con las pocas gentes que había en el meson del viajero que había conducido á Córdoba desde la Rábida, y les contó tantas maravillas de su sabiduría, que todos aguardaron con impaciencia que bajase á cenar.

Desde el primer momento comprendió Colon que había excitado gran curiosidad su persona entre aquellas sencillas gentes.

Propicia era la ocasion para él de conocer la opinion del vulgo acerca de las cosas que pasaban por entonces en España, y le agradó en extremo verse tan bien recibido por los huéspedes de maese Repulgo.

Así es que los trató con afabilidad, haciéndoles preguntas, á las que contestaron cada cual en su tono y con arreglo á sus creencias, bastando sus respuestas para satisfacer el deseo que motivaba las preguntas.